

Soberanía: conceptos, hechos y emociones

Países, regiones o civilizaciones

FEDERICO REYES HEROLES

¿Dónde comienza o termina una nación? ¿Hay acaso alguna frontera capaz de contener a las emociones humanas? ¿Hasta dónde es válido elaborar historias nacionales? Si el siglo XXI, como lo anuncian los demógrafos, será el siglo de las migraciones que hoy se pueden predecir, ¿no sería acaso conveniente pensar en las historias regionales, historias de esos ríos humanos? De El Cairo salió la cifra: 100 millones de seres humanos como mínimo habrán de migrar en el siglo XXI. Veinte millones serán refugiados políticos. Europa, lo europeo es una expresión que alude a un continente cultural en el cual las fronteras, simple y sencillamente, no han dejado de moverse durante siglos. La diversidad cultural de Asia permitiría dividir ese Continente en mil fragmentos que se unen por momentos, unos con otros, para dar vida, rostro a nuevas identidades. Millones de seres humanos se movilizan del sur al norte, de los países pobres a los ricos, cruzan fronteras legal o ilegalmente arrastrando consigo hábitos y costumbres que siembran y riegan en los nuevos territorios que los acogen. Pero también es cierto que adoptan nuevas formas de ser, códigos de entendimiento de lo humano o de lo social, que no les pertenecían en su origen. Son otros al dejar de ser. A qué país pertenecen cuando sus pasaportes ostentan colores que los vinculan al primer mundo, a los países industrializados, pero sus corazones y sus mentes operan de acuerdo a los cánones de un pequeño villorrio en un país de miserables en su mayoría.

Se trata de un gran reto político, conceptual, pero sobre todo humano. Como pocas veces todo se sacude. Hablamos de la aldea global pero al mismo tiempo vemos resurgir pasiones centenarias que habían caído en el olvido cuando no eran consideradas como muertas o desaparecidas. Todo muta y se transforma. En ocasiones para ver nacer lo inimaginable como en el caso del canal intereuropeo, en otras para arrojar imágenes que parecían pertenecer sólo a la memoria. No en balde un presidente europeo, después de 1990, admitía haber solicitado un plano político de principios de siglo pues le parecía mucho más exacto que los contemporáneos para entender la Europa de final de siglo¹. Conceptualizar o reconceptualizar los problemas se vuelve una actividad cotidiana entre otras razones por el bombardeo de información que cualquier pantalla casera de computadora puede lanzar. Hoy no podemos ignorar lo básico y mucho más de todo el orbe. El gran retrato del mundo está hecho. Lo desconocido encuentra nuevos recovecos. Las cifras acotan la especulación. Los ejercicios prospectivos son cada vez menos producto de la imaginación y más acatamiento de realidades futuras anunciadas con precisión.

Norteamérica es la expresión que se utiliza en las escuelas latinoamericanas para denominar la región comprendida entre México, Estados Unidos y Canadá. Centro y Sudamérica son otras fronteras imaginarias que sin embargo algo señalan. Una coincidencia en orígenes históricos, en valores profundos, en idioma. Pero ¿es América Latina una civilización? ² Dificil afirmarlo siguiendo los patrones de clasificación tradicionales. Nadie puede negar las grandes aportaciones culturales precortesianas. Pero resultairresponsable sostener que el impulso de esa grandeza continúa a final del siglo veinte en la región. El

mundo artístico florece de nuevo justo cuando la humanidad se ha encaminado, desde hace más de un siglo, al predominio de la ciencia y la técnica.

Pero regresemos a nuestra arbitraria división. Realmente pertenece México a América del Norte. ¿Cuál México? el del noroeste de grandes planicies productoras de cereales, ese México donde el proceso de mestizaje fue total o casi, o el México del sur en el cual las diferentes etnias viven como hace siglos hablando idiomas de raíces remotísimas y que nada tienen que ver con el castellano. Entre México y Guatemala existe un río caprichoso que fue tomado como frontera cuando los dos países decidieron constituirse como tales. Pero a la cultura maya, con alrededor de tres mil años de antigüedad, por supuesto que nada la detiene. Los indígenas de esa zona, antes que mexicanos o guatemaltecos son mayas. Sus rituales religiosos se llevan a cabo de uno y otro lado de la frontera. Chiapas y algunas regiones de Oaxaca son, en ese sentido, Centroamérica. Los patrones de conducta, los valores de esos mexicanos son muy similares a los de un guatemalteco, hondureño o salvadoreño³. Pero el ciudadano mexicano de Nuevo León, Sonora o Chihuahua crecido en y acostumbrado a un intenso intercambio comercial y cultural con los Estados Unidos de Norteamérica tiene poco o nada que ver con el maya. Chiapas fue el último estado en unirse a la Federación precisamente por su resistencia a incrustarse en un mundo que le era ajeno. El México homogéneo, unívoco, integrado sigue siendo imagen idílica a final del siglo XX.

Hoy México, Estados Unidos y Canadá han firmado un Tratado de Libre Comercio que en teoría es válido del Suchiate a las zonas glaciales del norte de Canadá. Esa historia económica se sobrepone y actúa en la vida cotidiana de alrededor de 360 millones de seres humanos. Pero hay otros niveles de análisis que tampoco pueden ser dejados de lado para comprender los sustratos sociales y culturales que no cayeron con los aranceles. El sustrato cultural en el caso mexicano, es de tal manera diferenciado y sólido que arroja imágenes muy contrastadas. A qué México nos referimos, al del norte, al del centro, al del sur. Los patrones de comportamiento de estas tres secciones son estadísticamente diferentes⁴. Nos referimos al México mestizo o al México indio⁵. Hablamos del México urbano o del rural, del México con escolaridad o del casi analfabeta. Los códigos de entendimiento, de conducta, las diferentes *Weltanschauungs* son tan distantes que impiden la noción homologadora.

La nación y el nacionalismo

Si países o estado-naciones, regiones y civilizaciones, como categorías analíticas, se entrecruzan, la cuestión se vuelve aún más compleja si insertamos el eje articulador de la nación. Recordemos que el término nación, a diferencia del de estado por ejemplo, no proviene de la teoría política clásica. Nación nos confronta a uno de los términos utilizados con mayor vaguedad e indefinición. Los orígenes del término nación, curiosamente, se encuentran en el discurso revolucionario francés del siglo XVIII, el cual vino a alterar la escala de lealtades primordiales de un ciudadano. Si bien en el medievo la definición personal básica, fundamental era la religiosa, cristiano, por decir algo, y después la étnica regional, toscano o borgoñón, con la lenta conformación de los estado-naciones se empieza a revertir esta escala. Pero no es con la Revolución Francesa cuando el término nación cobra su mayor fuerza. Paradójicamente es con el romanticismo alemán, Herder y Fichte en particular, cuando adquiere el sentido de comunidad suprema de intereses. Pero los intereses románticos no se refieren a los del estado-nación, sino a la amalgama étnico-

cultural que en ellos se remite a la germanidad o *Deushtum*.

Esta disgresión podría parecer inútil. Sin embargo creo que nos facilita la explicación de un factor determinante de las diferencias entre México, Estados Unidos y Canadá. En México, debido a las dificultades de integración geográfica, racial y étnica, el concepto de nación como comunidad política, tiene un peso infinitamente inferior al que tienen en los países vecinos del norte. La esfera de los valores individuales no termina por someterse a la idea de un interés superior que atañe a esa comunidad política llamada la nación. El interés nacional, ese que siempre se sitúa más allá de las contiendas electorales, los partidos políticos, los estados de la federación o los intereses de las minorías, ese ámbito de encuentro afortunado en el cual las diferencias se desvanecen, a pesar de haber estado en el discurso político mexicano por más de siglo y medio, nunca ha logrado calar en las conciencias ciudadanas. En ese sentido México no es todavía un país integrado como una nación. El peso de una expresión como *the nation and the states*, en México sería de difícil interpretación popular. Ese vínculo natural y eterno que los románticos daban al concepto de nación, en México se fractura pues de hecho nunca ha habido una integración original de fondo, racial, étnica y jurídica, que termine por fraguar a una nación.

Alguien podría preguntarse, pero entonces de dónde viene ese enardecido nacionalismo mexicano⁶. En primer lugar habría que poner en duda ese nacionalismo. Pero dejemos eso para un segundo momento comencemos por recordar que las ideas de nación y nacionalismo han sido utilizadas en el discurso político oficial mexicano por más de medio siglo. Veamos algunos de sus usos: nacionalismo para explicar los objetivos de un estado centralizado; nacionalismo para defender al país de los intereses externos, particularmente norteamericanos, defender a México de ese acecho permanente que vive en la conciencia de los mexicanos que tuvieron cinco siglos de conquista, perdieron la mitad de su territorio con los Estados Unidos de Norteamérica y tuvieron un emperador francés; nacionalismo para reivindicar un pasado único y exclusivo que hacía de los mexicanos un caso incomparable, *sui generis*, tanto en lo que se refiere a su vida familiar, a su humor individual, a su filosofía vital, como también en lo respectivo a la forma de organización política que no podía ni debía presentarse junto a ninguna otra; nacionalismo para impulsar y explicar un artesubiado y pagado por el estado con el fin de transmitir una ideología estatista; nacionalismo para buscar en el exterior culpables a la situación interior; nacionalismo para imponer el cumplimiento de unas metas trazadas por una burocracia lejana, metas que en muy poco reflejaban una mejoría en los niveles de vida de los mexicanos; nacionalismo para justificar una explicación a la esquizofrenia de un país con amplios recursos naturales que no logra incrementar los niveles de vida de su ciudadanía de manera sistemática y permanente; nacionalismo para justificar un excesivo proteccionismo y una autarquía económica de la cual se beneficiaban unos pocos. Nacionalismo, dirigismo económico y estatismo, son discursos políticos muy cercanos. Ese nacionalismo en México es apabullante.

De las imágenes a los tejidos subterráneos

Pero veamos la otra cara de la moneda. Analicemos en los hechos el llamado nacionalismo⁷. Por un momento digamos adiós al impresionismo político que nos arroja imágenes tentadoras pero inexactas. Dejemos de lado a ese mexicano festivo que llena las plazas de todo el país una vez al año y grita, siguiendo a las autoridades, *mueran los gachupines, viva*

México, viva México. Quitemos por un momento el retrato de ese mexicano medio charro, envalentonado que con un mariachi atrás es capaz de pedir al mundo que se arrodille frente a O. Incluso dejemos fuera los pronunciamientos de muchos funcionarios crecidos en el discurso antiyanqui y repasemos los hechos.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, en la cual México participó con los aliados muy discretamente, el intercambio comercial, político y cultural entre México y los Estados Unidos de Norteamérica ha ido creciendo sin parar. En poco más de una década se ha multiplicado en aproximadamente 15 veces. Muchos son los conflictos alrededor de la frontera, pero a veces olvidamos que esa frontera, es considerada la más importante de todo el orbe, pues el número de cruces anuales son cientos de millones. Por otro lado esa frontera, prototipo de conflictivo encuentro entre un país del tercer mundo y uno del primero, es la más extensa con esas características. El intercambio comercial de la zona fronteriza en 1994 fue de cinco y medio billones de dólares. Miles de mexicanos cruzan la frontera anualmente de forma ilegal para buscar trabajo, es cierto. Pero son millones los que ingresan a los Estados Unidos a comprar, a hacer negocios, a viajar y divertirse. ¿Dónde está el antiyanquismo cuando el principal socio comercial, por mucho, de los mexicanos son los Estados Unidos? Se calcula que en 1994 alrededor de dos millones y medio de transportes de carga se internaron en México provenientes de Norteamérica. La Cámara de Comercio de Laredo, Texas hace notar con orgullo que esa ciudad es el principal punto de entrada de mercancías de todo Estados Unidos. En 1990 se registraron 274 millones de entradas a los Estados Unidos por la frontera sur. De ellos poco más de una tercera parte eran ciudadanos estadounidenses, es decir 173 millones de cruces fueron de extranjeros. En toda la década de los años treinta el total de cruces hacia el norte fue de 225 millones, es decir 45 millones menos que en un solo año⁸.

El intercambio comercial tiene repercusiones en muchas otras esferas. Algunas de ellas apenas empiezan a ser detectadas cabalmente. Por un lado quedan las imágenes folclóricas y los desenfados nacionalistas. Por el otro, se dibuja una clara integración económica en la región, con la consecuente modificación cultural. El encuentro no podía ser más apasionante. Una sociedad como la mexicana, que ya no opera totalmente con valores de escasez o de autoridad tradicional⁹, en intercambio permanente de experiencias productivas, comerciales, sociales con una sociedad que pareciera dirigirse a los valores de la postmodernidad¹⁰

¿Cuál será el resultado, si es que se puede utilizar semejante expresión, de una auténtica confrontación de conglomerados humanos tan diferentes? Difícil preverlo. Los hechos van por delante. En una encuesta nacional muy reveladora levantada por *Los Angeles Times* en septiembre de 1991, publicada el 22 de octubre, más del 56% de la población mexicana consideraba el desempeño de George Bush, como bueno o muy bueno, siendo que el conocido líder opositor Cuauhtémoc Cárdenas, quién sacudió al sistema en las elecciones de 1988, obtenía menos del 40% en la misma categoría. Las sorpresas siguen: más del 49% consideraba que se debía promover la inversión extranjera. Casi un tercio de la población admitía haber obtenido alguna vez un empleo en Estados Unidos y poco más del 35% afirmó tener familiares en ese país. El entretejido social, económico y cultural está allí, independientemente de las preconcepciones. En el mismo ejercicio se ratificó la tendencia que se ha dado a conocer en sondeos previos, alrededor del 55% de los mexicanos tienen buena o muy buena impresión de los estadounidenses contra un poco más del 20% que la tienen mala o muy mala. La impresión favorable del país mismo, no sólo dista de ser negativa, sino que incluso se incrementa lentamente con el paso del tiempo. En 91 Los

Angeles Times reportó poco más del 72% de los mexicanos con una buena o muy buena impresión de los Estados Unidos. En segundo lugar apareció, como en otros estudios, el Japón con 68%.

Las relaciones entre los dos países han estado teñidas mucho más por una larga lista de afrentas discursivas, de escarnios diplomáticos y por meras impresiones, que por las emociones reales, por lo menos de los mexicanos hacia sus vecinos del Norte. En ningún momento pretendo afirmar que la calzada para una suave y tersa relación esté acabada y sin el menor escollo; simplemente pareciera claro que tenemos que leer con mucha más precisión y profesionalismo lo que está ocurriendo entre los dos países. La admiración o simpatía por los estadounidenses tenía fundamento según el referido estudio de Los Angeles Times, de la siguiente forma: 22% de los entrevistados valoraba las oportunidades económicas que brinda ese país, seguido de la ponderación de su democracia y su riqueza, empatados en 12%; en el próximo peldaño se mencionó su alto nivel cultural con 9% y buenos servicios y productos y un gobierno que protege a la gente con 8%. ¿Cuánto de allí corresponde a experiencias directas, cuánto a experiencias indirectas y cuanto a imaginación? No lo sabemos a ciencia cierta. El hecho concreto es que, siguiendo la frase del clásico, la percepción son hechos en tanto que la gente cree en ellos.

Está también la contraparte. ¿Qué es lo que más disgusta a los mexicanos de los estadounidenses? Racismo, 24%; droga y crimen, 19%; se creen superiores, 12%; su gobierno quiere dominar, 12%; les gustan las guerras, 8%. Las diplomacias tanto estadounidense como mexicana parecieran estar librando una batalla sorda que tiene poco que ver con lo que ocurre en el nivel de la opinión pública. En ciertas cuestiones los lazos reales entre las dos comunidades nacionales han avanzado mucho más rápido de lo que cualquiera hubiera podido predecir. En otras, sigue habiendo resistencias o reacciones extrañas. Sobre la confianza de los mexicanos en que los estadounidenses serán justos en su trato de negocios, la opinión se divide: 45% tiene confianza contra un 47% que cree que serán injustos. Recientemente varios estudios mostraron una extraña reacción al paquete financiero lanzado por el gobierno del Presidente Clinton para ayudar a las quebradas finanzas de México. Un alto porcentaje consideraba que los créditos no debían aceptarse y un porcentaje muy alto, por arriba del 60%, afirmó, que el apoyo condicionaba la soberanía nacional. El peso de las imágenes históricas sigue siendo importante, por ejemplo, recientemente el diario *Reforma*¹¹ mostró cómo en una escala del 1 al 10 los mexicanos tienen la impresión de que los Estados Unidos influían más en la vida del país que el propio Presidente de la República. En orden descendente seguirían después el PRI, la televisión, la radio, los diputados y senadores, los empresarios, los periódicos, los banqueros, el Ejército, los líderes sindicales, la iglesia católica, el PAN, los jueces, los intelectuales, los expresidentes, las organizaciones campesinas, los ciudadanos y finalmente el PRD. Las imágenes juegan así un papel fundamental pues con frecuencia se desfazan de los hechos, pero siguen allí, como fenómeno colectivo.

¿Cuál soberanía?

Varias son las dimensiones de la soberanía. La primera se refiere al ámbito doctrinal, teórico. En ella la soberanía es una construcción conceptual tendiente siempre a absolutos¹². Se intenta crear imágenes o un deber ser, que se convierte en referente. En este ámbito se vincula a la soberanía con el estado-nación. Se trata de conceptos muy ligados históricamente. La segunda dimensión se refiere al discurso político. En ella encontramos

los diferentes usos que, desde el juego del poder, se hace de la expresión soberanía. Aquí, a diferencia del nivel doctrinal, la intención es conformar consensos populares que brinden apoyo. En contraste con la doctrina, en el discurso la limpieza hermenéutica, la solidez de la lógica interna, importa menos. El discurso lleva a un uso pragmático de las expresiones. Por momentos el concepto soberanía puede auxiliar a un régimen a obtener apoyos. En otros, por el contrario puede incomodar.

El tercer nivel o dimensión analítica remite a los hechos históricos, económicos, comerciales, ecológicos que se imponen a la doctrina y al discurso y los obligan a reformularse una y otra vez. La soberanía en esto, no se atiene a ética ninguna y simplemente desnuda la imposición que es poder real. La historia de los grandes imperios y sus colonias, la historia económica y regional retratan esta soberanía real, que poco tiene que ver con la ética de estado o con el pragmatismo del discurso. La cuarta dimensión se refiere a las emociones que una determinada expresión, en este caso soberanía, pueda generar en una población en concreto. Soberanía como ética de estado, soberanía como instrumento político, soberanía real y soberanía como emoción popular se mezclan y cruzan creando confusión.

Para comprender, con cierto orden, lo que está ocurriendo en Norteamérica a partir de una creciente interdependencia entre Canadá, Estados Unidos y México es imprescindible escindir, separar a nivel analítico estas cuatro dimensiones pues ellas tienen dinámicas muy diferentes en los tres países. ¿Cómo está tomando México esta nueva etapa de interrelación? La pregunta, de entrada, es amañada. De nuevo, ¿cuál México? ¿Aquél del norte que ha vivido en un permanente contacto con la cultura, consumo y hábitos de los estadounidenses? ¿El México del centro del país, del altiplano, en el cual nació el movimiento de independencia nacional entre antiquísimas iglesias de la Colonia? ¿Acaso el México del sur, en el cual la frontera con Guatemala todavía no termina por imponerse cabalmente?

Del corte geográfico podríamos pasar a otro, el del posicionamiento frente al aparato productivo. ¿Cómo ve un empresario o un trabajador de una planta acerera o de cerveza de Monterrey la interrelación económica cuando a diario observa salir camiones hacia la frontera con sus productos? ¿Qué les genera la palabra soberanía a las clases medias de las ciudades que utilizan televisiones japonesas, carros americanos y computadores sin nacionalidad visible? ¿Qué provoca la expresión soberanía al 30% de la Población Económicamente Activa que todavía se encuentra vinculada al sector primario, sobre todo en agricultura de autoconsumo y que verá desplazado su maíz por el de importación mucho más barato?

Quizá lo primero que resulta imprescindible es comprender que en el México de final de siglo no puede darse una respuesta homogénea. Es precisamente esa heterogeneidad parte del carácter complejo de México. Recordemos que si bien es cierto que el 70% de la población, según el más reciente censo de 1990, quedó clasificada como urbana, muchos millones de mexicanos que hoy viven en las nacientes ciudades son campesinos de origen que están en proceso de adquirir una cultura urbana, son migrantes en primera generación o descendientes directos de migrantes. En ese sentido las llamadas clases medias mexicanas están compuestas, en un altísimo porcentaje, por familias que están en proceso de mutación de un género de vida a otro. Como actores políticos apenas están adquiriendo voz.

A diferencia de los Estados Unidos de Norteamérica o Canadá con unas muy amplias clases medias tradicionales y estables, en México el proceso de industrialización y urbanización se está dando, todavía, todos los días. La formación de una corriente de

centro, de un *main stream* mexicano, es un fenómeno muy reciente. En las elecciones de 1994 más de 36 millones de mexicanos votaron y se calcula que alrededor de 40 millones vieron un debate televisivo entre candidatos por primera vez. Más de cuatro millones de mexicanos fueron a las urnas también por primera ocasión en su vida. Los valores ciudadanos como entidad sólida a lo largo y ancho del territorio nacional todavía no están logrados. Según los datos de CEPAL, 40 millones de un total de 90 viven en pobreza y alrededor de 17 en extrema pobreza. El nivel general de educación, según datos de la Organización de Naciones Unidas, está por debajo de los cinco años de escolaridad promedio. En ese sentido las emociones cambiantes alrededor de la expresión soberanía, en buena medida, responden a ignorancia y desinformación. En todo caso se trata de auténticas reacciones más cercanas a mitos y tabúes patrioterros, a una idiosincrasia aparentemente muy nacionalista que no se comprueba en los hechos.

Me refiero concretamente a que, de acuerdo a la Encuesta Mundial de Valores de la Universidad de Michigan en su versión más reciente, los mexicanos resultan cuatro puntos porcentuales menos orgullosos que su contraparte canadiense y 19 menos que la estadounidense¹³. Pareciera entonces que los mexicanos son más bien ritualistas, en todo caso festivos, pero no necesariamente muy nacionalistas en el fondo. Nacionalismo y soberanía son, en algún sentido, dos caras de la misma moneda. De nuevo valores ciudadanos y nivel educativo van de la mano. De ser así las cosas no puede esperarse, ante los cambios en las relaciones de los tres países, una respuesta homogénea y en bloque.

La soberanía real, los hechos históricos están allí. México tiene una economía veinte veces menor que la estadounidense, pero en el más reciente ciclo comercial el intercambio total entre ambas naciones fue de aproximadamente cien billones de dólares. Hace apenas una década oscilaba alrededor de los 5 billones. El crecimiento es exponencial. La soberanía como emoción popular no pareciera haber sido un obstáculo para la creciente interrelación. En todo caso ha sido en la dimensión de la doctrina y del discurso donde ha habido tensiones.

Los discursos del partido en el gobierno y de la oposición de centro-izquierda, durante décadas enarbolaron la autarquía económica, el aislamiento, en última instancia, como elemento central del nacionalismo y por ende de la soberanía. El cambio doctrinal y discursivo no ha sido fácil¹⁴, pues el prolongadísimo reajuste financiero, las sucesivas crisis monetarias, la recesión y el desempleo no permiten hablar de las bondades de una economía abierta. A nivel popular no han llegado los beneficios. En ese sentido, todavía existen segmentos, dentro de todos los partidos políticos, que pugnan por un retorno a la vía del fortalecimiento del mercado interno como meta máxima, rechazando la apertura. La realidad de la economía mexicana les da mucha tela de dónde cortar. La interrelación encuentra obstáculos en la soberanía real, impuesta por la globalización y la cercanía con la economía más grande del orbe. Tampoco en las emociones populares que no tienen la homogeneidad, ni la solidez para convertirse en un verdadero factor político, parecieran elevarse muros. La creciente interrelación encuentraproblemas en el discurso en todos los partidos, pues la soberanía, entendida como cierto grado de autarquía, remite a tiempos de crecimiento con estabilidad que la economía abierta no ha traído al país. La añoranza tendrá que ser vencida por el nuevo modelo.

Una revisión de la historia reciente apuntala la anterior afirmación. En la última década México ha firmado el GATT, el estado se ha desprendido de alrededor del 85% de las empresas públicas, muy vinculadas, por lo menos a nivel discursivo, con la soberanía, y firmó un Tratado de Libre Comercio con el país que muchos consideraban el enemigo

histórico o simbólico de México, todo ello sin que se hayan presentado manifestaciones públicas adversas, contrarias, realmente significativas. En su comportamiento cotidiano los mexicanos han aceptado la creciente interrelación y el desmoronamiento de muchos de los tabúes nacionalistas. Dos datos de la Encuesta Mundial de Valores¹⁵ que no dejan de ser asombrosos es que casi un 60% de la población aceptaba en 1990 integrar un sólo país con los Estados Unidos, si ello significaba una mejor calidad de vida. 57% de los mexicanos en 1990 opinaba a favor de tener más lazos económicos con los Estados Unidos y 66% hacia Canadá. La lectura inversa también resulta interesante, pues 64% de los americanos querían tener mayor relación con los mexicanos, pero sólo 54% de los canadienses estaban en la misma actitud. La relación de simpatía más alta, de acuerdo al estudio, se establecía de los Estados Unidos hacia Canadá 82%. El asombro no cesa, pues como ya vimos en las encuestas de áreas metropolitanas, es decir de los segmentos sociales más informados, muestran una buena opinión de los mexicanos hacia los E.U.A. A mayor información y mayor nivel educativo más se acepta el nuevo estatuto entre las naciones. De crecer el país y generar los empleos que necesita, de reiniciar la marcha, en teoría, las resistencias se allanarían. ¿Dónde está el enemigo histórico? No en las emociones populares, sólo en el discurso. No debemos de olvidar que la soberanía real ya se impuso: uno de cada tres mexicanos ha trabajado en E.U.A. y millones tienen algún pariente trabajando allá. De nuevo, separemos las emociones, del discurso y de la realidad.

Nuevas fronteras, nuevos encuentros

Un país con una integración geográfica no consolidada, con una diferenciación social que lleva de los miserables a los opulentos pasando por las crecientes clases medias, un país con niveles educativos muy preocupantes que transita todavía de una sociedad agraria a una industrial y de servicios, tal podría ser una descripción de México que no se alejaría demasiado de la realidad. A todo ello hay que agregar la juventud de la población como un factor determinante del comportamiento político del país. México es hoy un país de niños y jóvenes y lo será mayoritariamente de jóvenes por algún tiempo. Alrededor del 36% de la población tiene menos de 15 años; 61% tiene entre 15 y 64 y sólo una proporción muy pequeña se encuentra por arriba de ese promedio. Esto es mirado por muchos como un lastre, pues el esfuerzo educativo del país, la inversión educativa en las próximas décadas tendrá que ser enorme. Pero el otro lado de la moneda es que en México acuden a las aulas, día a día, más de 25 millones de educandos. Es una gran oportunidad para que esas nuevas generaciones crezcan con niveles de información y de conocimiento muy superiores a los de sus padres o abuelos. También hay un mundo emocional nuevo por construir.

Para bien y para mal, esos millones de mexicanos que se están formando viven cotidianamente en un país en el cual los noticiarios radiofónicos y la televisión arrojan, todos los días, las noticias del mundo. Son mexicanos que crecieron con satélites posados alrededor del planeta. Ello les permitió obtener naturalmente, sin interés o esfuerzo expreso, mucha más información de lo que ocurre día a día en el resto del mundo. ¿Cómo dejar de hacer comparaciones entre México y el resto del mundo? ¿Qué efecto tendrá ésto en la conciencia política y social de las futuras generaciones? No lo sabemos. Pero queda claro que esos nuevos ciudadanos están creciendo en condiciones inéditas. Son nuevas generaciones de mexicanos mucho más cercanas al siglo XXI que al XIX. ¿Qué piensan y sienten esos mexicanos sobre la soberanía? La apertura no sólo ha sido económica. En el México de hoy se ventilan y discuten todas las encrucijadas del mundo. Más allá de

bloques e ideologías en decadencia, hay un país crecido en una permanente exposición al mundo y consciente de lo que pasa en él. ¿Cómo valorar ese patrimonio?

La primera cuestión que debemos tener presente una vez que hemos visto las resistencias que en los niveles, doctrinal y discursivo todavía se presentan, es que ellas son una de las muestras de los múltiples desfases y reacomodos que se viven en el país. Ese es el escenario futuro de México: heterogeneidad y complejidad. Recientemente un funcionario del Departamento de Estado comentaba con un grupo de escritores lo diverso y complejo del escenario político estadounidense y de los límites de las acciones de la Casa Blanca frente a muy diversos actores y grupos de presión con peso político real. Un excanciller mexicano le contestó que lo mismo ocurría en México, que por favor se olvidaran de aquel país homogéneo de reacciones unitarias donde la voz del presidente todo lo acallaba. Es otro México, fue la conclusión común.

Hemos visto cómo las emociones y los hechos, la soberanía como emoción y la soberanía histórica, factual, han ido, silenciosamente, mucho más lejos de lo que los propios mexicanos habíamos registrado. Muy probablemente la historia nacional que se plasma en los libros que estudian esos millones de mexicanos sea todavía un decálogo que remita a la concepción de soberanía de Bodino y pase por la formación del estado mexicano como arranque, acto fundacional y voluntarista, logrado por los padres de la patria. Posiblemente en esos textos el maniqueísmo todavía reine y se presente a la conquista española como una acción encabezada por malvados que llegaron a extraer riqueza sin importarles mucho más, sin explicar la contraparte; y de allí se brinque a las decenas de invasiones de los Estados Unidos a México registradas en la historia patria y a las presiones diplomáticas ejercidas sobre los revolucionarios; y los insaciables intereses del mundo, pero en particular de los Estados Unidos de Norteamérica, alrededor del petróleo mexicano y el Istmo de Tehuantepec. En ese sentido la historia nacional no será muy distinta a la de cualquier otro país. Villanos y héroes reciben sus papeles de acuerdo a esa intención absolutista, basada en la soberanía, que sólo contempla los intereses propios.

La pregunta sería, entonces, si una historia oficial puede dejar de recurrir al concepto doctrinal de soberanía y, por ende, si puede eludir los maniqueísmos. Mientras el concepto de historia nacional continúe vivo, y nada indica que a nivel internacional tienda a desaparecer, seguiremos viendo versiones maniqueas. Pero ellas conforman sólo una parte de la historia emocional de los pueblos. Siempre será difícil, tanto para un político en activo como para un historiador que busca rescatar los valores de una determinada nación, elaborar una versión autocrítica de su propio país. Ni en México, ni en Alemania, ni en Argentina, ni en Estados Unidos o Japón, la historia nacional o el discurso político son de autoflagelo. La doctrina y el discurso político siguen una dinámica mucho más conservadora. El cambio, los hechos e incluso en las emociones, irán por delante. Hay que comprender las contradicciones de origen, tanto en el discurso como en la doctrina, contradicciones difíciles de allanar. La tentación absolutista del concepto soberanía conduce a eso. En todo caso lo que puede esperarse en la zona es que, poco a poco, con mayor información los discursos e historias nacionales tiendan a buscar la comprensión y no la intolerancia. ¿Entonces, cómo lograr entre las naciones de Norteamérica, una visión más equilibrada de los hechos? Sólo con una política deliberada de entendimiento que modifique códigos rígidos y simplistas que mucho estorban. En esto todo está por hacerse. El territorio es virgen.

Lo primero que debemos tomar en cuenta es que cada día, la información extraescolar resulta más determinante en la formación de los individuos. Son esos contactos

extraescolares, sin matrícula, los que provocan cambios culturales de importancia insospechada. La globalización, de nuevo, también ha sido política, en tanto que el mundo está en una pantalla. La historia de los otros, hoy es también la nuestra. La autarquía como ejercicio de los estado-naciones hasta bien avanzada la segunda mitad del siglo XX, no sólo fue económica sino política y cultural. Hemos entrado a una nueva etapa en la cual los contenidos culturales se mueven en todos sentidos. Tampoco ellos respetan las fronteras típicas del estado-nación. ¿Cómo reacciona un campesino mexicano frente a un radio japonés que lo acompaña eficientemente todo el día? ¿Qué significará lo japonés en su vida? Las fronteras en el final de siglo son más bien linderos emocionales que debemos repensar.

Hoy hay fronteras entre estado-naciones que cada día se desnudan más como artificios. Existen en cambio otras, al interior de los propios países, que pueden resultar infranqueables. En el caso mexicano una es evidente entre el creciente México mestizo y el México indio, inmutable y estático. Allí hay una frontera que no responde al concepto de soberanía nacional y, menos aún, a un Tratado de Libre Comercio. En qué coordenadas se mueve ese México es algo difícil de explicar en el estado de Oklahoma o Alberta. Un ejemplo: la soberanía, para los indígenas mexicanos, es un término que no cobra sentido, puesto que su arraigo a las tierras es mucho más antiguo que la formación de México como país. De nueva cuenta el concepto pareciera más bien producto de una doctrina cercana a la fantasía, útil para diplomáticos y funcionarios, concepto que no necesariamente explica lo que ocurre a nivel de las emociones populares.

La semilla de la tensión

No debemos de olvidar que doctrinalmente la soberanía remite a términos absolutos que muy poco tienen que ver con el mundo de final de siglo. El origen mismo de la palabra soberanía no deja de tener reminiscencias de las teocracias. Soberanía nos lleva a la imagen de un poder absoluto que se justifica por sí mismo. La portadilla de la primera edición de *El Leviatán* de Hobbes presenta a ese ente extraño, omnipotente, constituido por los múltiples rostros de los ciudadanos que se someten a ese poder superior. Como se apunta en la teoría política clásica, el término soberanía es sin duda de los más oscuros pues, conceptualmente, en la doctrina, se le asigna un poder total de decisión, poder que históricamente no ha tenido, ni tiene cabida en un mundo que registra un permanente, sistemático e incesante conflicto y reajuste de fuerzas enfrentadas por territorios, por riquezas, por

concepciones religiosas; reajuste que va en la historia escrita de las tribus, etnias, principados a los estado-naciones, imperios y bloques económicos y no sabemos qué más pueda aparecer. De tener la soberanía doctrinaria un efecto directo y permanente en la comunidad internacional, el mapa del mundo sería inmutable. Dejemos esa ficción.

La soberanía total no tiene referencia histórica concreta. La soberanía acotada, restringida, real, en el sentido de un ámbito de decisión propio al cual se apela con frecuencia para mediar en las cambiantes relaciones, es una dimensión analítica mucho más útil. ¿Cuál puede ser el poder supremo en un mundo que recurre, cada día más, a los organismos multinacionales para regular, o intentarlo por lo menos, fenómenos y problemas que escapan ala capacidad de control de un gobierno. ¿Quién está interesado en que la capa de ozono no siga mermándose? ¿Los franceses, los brasileños o los

estadunidenses? Probablemente los tres pueblos y probablemente ninguno de los tres gobiernos tiene la capacidad para afrontar por sí mismo el asunto.

Estamos así frente a una reformulación profunda del concepto mismo de soberanía provocado por una realidad cambiante. Un concepto doctrinal, soberanía, cuyos orígenes y funciones fueron pensados para un momento histórico muy diferente, sigue siendo el principal eje articulador del discurso entre naciones. El primer nivel de tensión aparece por la pretensión antiuniversalista con la que nació el concepto. Hace alrededor de cuatro siglos las coordenadas universalistas emanaban del papado fundamentalmente. Ante esta pretensión surge un concepto de lógica absolutista interna: la soberanía. Este nivel de tensión, a pesar de los siglos transcurridos se mantiene, aunque ahora reformulado, frente a las instancias internacionales globalizadoras o supranacionales. En el fondo la soberanía es un artificio imprescindible para la convivencia internacional. No es el único. La libertad¹⁶, así en general y abstracto, es otro artificio de pretensión totalizadora que no puede encontrar referencia en nuestra vida cotidiana concreta, menos aún en este final de siglo en el cual el estado reglamenta la vida, la salud, la familia, la educación, el espacio, la energía, etcétera Sin embargo, no por ello el artificio desaparece.

El derecho internacional público enseña un encadenamiento de tratados internacionales aprobados por países, los que, en última instancia, se reclaman a sí mismos como soberanos. La Organización de Naciones Unidas y los otros cuerpos multinacionales son resultados híbridos entre la doctrina *de un país un voto* y la imposición de la realidad histórica. La integración del Consejo de Seguridad y el veto de las potencias no encuentran justificación doctrinal. Esta visión, bastante esquizofrénica por cierto, en la cual entidades soberanas y pares se someten a condicionamientos que desnudan el poder real, no pareciera poder encontrar solución en este final de siglo. El universalismo se impone, entre otras razones por la globalización¹⁷ de la economía, por imperativos ecológicos, energéticos, poblacionales entre otras. El entretejido de los acuerdos supranacionales irá creciendo sin duda¹⁸. En la agenda internacional ya se encuentran, entre otros puntos, el clima, el bienestar social, la mujer, los desechos tóxicos, la energía nuclear, las migraciones, los flujos internacionales de capital, la población, y se sumarán más cuestiones. Las propuestas de carácter universalista han acompañado a la humanidad durante toda su historia. Nacieron de los movimientos religiosos y milenaristas que duraron hasta el final del medioevo. Se sumaron después las reivindicaciones renacentistas que terrenalizaron a la razón, también con ambición universal. El próximo paso fue el movimiento centroeuropeo, en particular el francés, que igual generó los derechos del hombre y del ciudadano que la guillotina. Universalista también fue la noción de clase social, eje de los gobiernos de un tercio de la humanidad durante medio siglo. Universalista es la noción de destino manifiesto. Muchos movimientos ecologistas de la actualidad tienen pretensiones universalistas.

Es difícil lanzar una condena o aprobación *per se* al universalismo¹⁹ pues así como el cristianismo dio al ser humano un estatuto superior frente a la barbarie de la Antigüedad, también propició la Inquisición. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano fue la bandera de los *Comité de Salut Public* y del propio Napoleón para invadir la mitad de Europa. Ideas universalistas sustentaron al nacional-socialismo. Universalismo fue lo que llevó a las tropas soviéticas a invadir a sus propios aliados o a intentar destruir regímenes. Hoy el universalismo tiene nuevos rostros y ante ese universalismo la noción de soberanía sigue siendo un dique, un coto, una resistencia que tampoco puede recibir ni condena ni aprobación *per se*. No es entonces una cuestión de principios, sino de usos históricos concretos en un tiempo y un lugar determinado²⁰.

El mismo mundo que hoy se maneja con almanaques mundiales y, por primera vez en la historia del conocimiento humano, cuenta ya con la identificación de megatendencias de los grandes fenómenos que no respetan ni linderos, ni fronteras; en ese mismo mundo, el concepto de soberanía sigue siendo punto de partida en la construcción de los nuevos estado-naciones del Este europeo, de la redefinición asiática o africana. Lo que ocurre en América del Norte no escapa a esas grandes coordenadas que inciden en todo el orbe. Además, no debemos olvidar que en la propia teoría clásica, sobre todo en Bodino, la soberanía tenía una función de imperio del poder al interior de los nacientes estado-naciones. Este antecedente, que pareciera tan remoto y quizá en algún sentido obsoleto para comprender el fenómeno de integración norteamericana y continental de América, cobra importancia cotidiana en el caso de México. Veamos por qué.

Imperio interno

Hemos mencionado ya que por su orografía., por la presencia de moradores autóctonos previos a la conquista española, por un proceso de mestizaje no concluido e incluso interrumpido —a consecuencia de una política estatal que, argumentando respeto a las etnias resbaló en un folclorismo contemplativo—, por la diversidad de cosmovisiones y por muchas otras razones, México arriba al final del siglo XX sin una cabal integración nacional. En ese sentido el imperio de un estado de derecho acatado por la ciudadanía en sus actos cotidianos, cuestión que en Canadá o Estados Unidos de Norteamérica no es puesta en duda, en México todavía es un problema vigente. La función de hegemonía de una fuerza, de un derecho, es un asunto no terminado del todo. Algunas de las llamadas por Karl Schmitt, decisiones políticas fundamentales que sustentan un orden constitucional y político, en México todavía están a discusión.

Un ejemplo: el principio de no reelección establecido en la Constitución de 1917 a partir de la frustrante experiencia del dictador Porfirio Díaz. quien permaneció en el poder por más de 30 años, fue extendido al Congreso de la Unión, a los congresos locales y al nivel primario de gobierno, las presidencias municipales. Huelga decir que la aplicación extrema de este principio ha propiciado la falta de profesionalización de los legislativos y por lo tanto su debilidad, la carencia de una evaluación sistemática de las políticas públicas y la falta de continuidad en los programas. Un dato: a nivel municipal 85% de las obras y proyectos iniciados no son continuados por la próxima gestión. El caos que esto ha provocado se materializa en desorden urbano y en un brutal desperdicio de recursos. Ese principio constitucional y varios más, como por ejemplo la relación entre estados y la Federación, sobre todo en cuestiones fiscales, o el cuestionamiento sobre la creación de un nuevo nivel del gobierno autónomo en cierto grado, para las etnias, son asuntos de tal importancia y trascendencia que de hecho ponen en entredicho qué tipo de estado de derecho terminará por imperar en el país. Los impuestos se discuten sistemáticamente en todo el mundo. Pero el asunto en México va más allá: se trata de los acuerdos básicos de un país. En esto México se está haciendo. Sobra decir que los cambios sucesivos en la Constitución y los códigos electorales se inscriben en esta redefinición profunda del estatuto legal que finalmente regirá al país. En ese sentido México, se encuentra inscrito en una transición de la economía con pretensiones autárquicas, un sistema político cerrado con partido de estado y un proyecto cultural estatizado, a una economía abierta e interdependiente, un sistema pluripartidista real (alrededor de 25% de la población está ya gobernada por la oposición y hay competencia en alrededor de 64% de los municipios del

país) y a una apertura cultural e informativa sin precedente. Toda esta redefinición convierte a la función interna del concepto de soberanía en algo imprescindible en el discurso oficial mexicano en las próximas décadas.

¿Derecho de injerencia?

Ahora bien la función externa de la soberanía, lo que Hobbes vería como poder sin derecho, ha sido fundamental para la política exterior de los Estados Unidos de Norteamérica en particular, pero también de otras potencias. Pensemos por ejemplo en la doctrina de la seguridad nacional. Se parte de una idea de defensa de los supremos intereses de los Estados Unidos, de que nada condicione a su capacidad para darse a sí mismos el destino que consideran se merecen. En esto ha habido un uso discrecional de las diferentes administraciones para identificar factores que consideran pudieran estarse interponiendo en la ruta histórica preconcebida por ese país para sí mismo. Sea un canal, el incremento en un arsenal, los energéticos o simplemente una ideología que pudiera esparcirse como una epidemia. En un mundo cada vez más interrelacionado, los condicionamientos o sujeciones a factores del exterior se multiplican, de tal manera que nada lleva a suponer que aquí también la soberanía, como forma ideológica, como artificio lógico-discursivo tenderá a debilitarse. En esto la soberanía ha dado pie a lo que podríamos denominar, siguiendo más al sentido común que a la teoría o doctrina, como un derecho de injerencia. La función externa y la interna evidentemente se entrecruzan. En los extremos, lo interno y lo externo, a decir de Nicola Matteucci, estaría el derecho sin poder o el poder sin derecho.

Es justo en este diapasón de autoridad concedida y poder efectivo en que se mueven los estado-naciones. En el caso mexicano se estaría luchando todavía porque ese poder concedido formalmente sea acatado en una realidad histórica muy compleja y rica que se resiste a la integración final del país. Para los Estados Unidos de Norteamérica, en cambio, el reto es el de encontrar sustento formal y doctrinal para las múltiples acciones de injerencia que su muy vulnerable e interdependiente soberanía real le demanda. La interdependencia crece día a día. La cuestión para América del Norte se vuelve urgente, pues en los hechos ya estamos siendo testigos decómo el Tratado trilateral provocó reajustes en muy diversas áreas. Revisemos el caso canadiense²¹ y cómo el acuerdo comercial con los Estados Unidos incidió en su vida interna. De entrada puede afirmarse que el acuerdo comercial fue un factor determinante en las elecciones de 1988 y que, a partir de ese momento, se desató un reajuste de las fuerzas políticas tradicionales de ese país. Más del 50% del electorado votó por plataformas de partidos contrarios al Acuerdo y aunque el gobierno conservador logró pasar el Tratado, en ese momento comenzó su debacle.

Es claro que no puede establecerse una relación causal entre el acuerdo canadiense y la recesión, pero políticamente hablando lo uno antecede a lo otro y eso fue suficiente para la contienda. Lo mismo podría ocurrir en México. En el caso canadiense además el acuerdo actuó como un catalizador de movimientos regionales, centrífugos que todavía están poniendo a discusión asuntos nodales de ese país. Los efectos se han dejado sentir además en lo que algunos autores llaman la "diplomacia civil", para referirse a ese tipo de acciones no gubernamentales de presión, concretamente la de grupos ecologistas, defensores de derechos humanos y por supuesto, vinculados a productores de uno y otro país, "diplomacia civil" que está cruzando las fronteras de Norteamérica para defender sus intereses. Este tipo de acciones civiles crecerá entre otros motivos por la eficacia de los

mismos. En ese sentido existe una disminución del poder central de los distintos países en favor del surgimiento de cadenas de intereses que no se someten a la lógica interna ni externa de la soberanía. Por ejemplo, a raíz del conflicto en Chiapas diferentes misiones de ciudadanos tanto estadounidenses como canadienses visitaron la zona. La vigilancia entonces se extiende no sólo entre gobiernos sino también entre las propias sociedades. El fenómeno será novedoso y apasionante, pues conlleva a un conocimiento y vinculación crecientes entre las sociedades, por encima de cualquier categoría gubernamental.

Algunos de los rasgos de esta nueva etapa de las relaciones ya se muestran en México. Por ejemplo, resulta verdaderamente asombroso el impacto interno de editoriales de diarios norteamericanos, los cuales pocas horas después de aparecidos, ya son comentados en la radio y televisión mexicana. En esto la verdadera revolución comunicativa que estamos viviendo nos depara un futuro repleto de sorpresas como que, por ejemplo, el Ejército Zapatista enviará sus mensajes por *Internet* para buscar un efecto más allá de las fronteras mexicanas. Desde la sierra chiapaneca a Nueva York, en instantes. Es importante destacar cómo en los últimos años, grupos opositores mexicanos han encontrado muy eficaz el hacer uso de foros en universidades y en diversos *think tanks* para exponer sus demandas y presionar desde el exterior. Las propias sesiones de diferentes comisiones del Congreso estadounidense han servido para los mismos fines.

¿Qué tipo de soberanía se ejercerá internacionalmente en los próximos años? Sin duda una en la cual los ciudadanos y los intereses comerciales se moverán en coordenadas que nada tienen que ver con el tradicional respeto a la soberanía como esfera de autonomía intocada de un país. Hay quienes piensan que podría elaborarse una lista finita de asuntos que sí pueden someterse a una discusión internacional abierta y otros que no. Creo que las conexiones e interacciones que ya hoy están frente a nosotros invitan a pensar que todo será sometido a un cierto escrutinio ²². Por ejemplo, ¿cómo separar problemas de población, migración y empleo? Ni en Europa ni en América es posible. ¿Cómo dejar afuera los recursos naturales cuando los mantos freáticos o petroleros, o la contaminación de los mares no respetan fronteras? ¿Cómo impedir que un grupo de ciudadanos, de la nacionalidad que sean, lleven adelante la defensa del derecho a la vida de una especie? ¿Cómo obligar a los cardúmenes a respetar los mares territoriales de cada país? Lo que veremos será la aparición de una vasta legislación internacional en la cual se defiendan los intereses cruzados, interconectados, de las diferentes naciones. La mayor vigilancia internacional puede convertirse en una nueva marcha civilizadora.

El peligro de la exclusión

Ahora bien, el nacionalismo como una emoción popular puede ser incentivado por el discurso político argumentando cuestiones de soberanía. Pero ello tiene múltiples riesgos. El nacionalismo es, por llamarlo de alguna manera, un mal necesario para la conformación de la identidad de un pueblo. Explico por qué un mal necesario. Todo nacionalismo encierra, en potencia, un carácter excluyente. Puede haber nacionalismos extremadamente rígidos que invoquen, como en Oriente Medio, orígenes raciales, étnicos o religiosos. Puede haber otras formas más suaves o ligeras de nacionalismo como el día de San Patricio en Estados Unidos de Norteamérica que es una gran fiesta de inclusión basada en última instancia en un origen común. Pero el *Kern* del concepto nacionalismo inexorablemente conduce a la identificación de lo propio como tal, lo propio o lo que es compartido, que supone el reconocimiento de fronteras de lo que no se es. Ese lindero o frontera es

precisamente el otro. El invocar lo propio para sumar esfuerzos colectivos o lograr apoyo económico, o político, en el fondo, es un recordatorio que el otro, o los otros son ajenos a esa comunidad, y que en algún momento pueden ser contrarios a ese interés que unifica al conglomerado. Nacionalismo es, entonces, una oscilación entre reconocimiento y negación.

Hemos visto cómo en los hechos y en las emociones populares la integración en América del Norte ha avanzado mucho más velozmente de lo imaginado o previsto. También hemos recalado ciertas durezas o resistencias en el plano doctrinal o de discurso, sobre todo en el ámbito mexicano. Pero también en Estados Unidos hay durezas y fobias que no encuentran justificación en la realidad. La enmienda 187 es un monumento a la intolerancia. Pongamos el caso de la inmigración mexicana hacia ese país. La frontera sur es un asunto emocional para los estadounidenses. Nada justifica la internación ilegal de mexicanos o personas de cualquier otra nación a los Estados Unidos. Pero tampoco pareciera racional no explicar sobre las necesidades crecientes de mano de obra por parte de este país. Las proyecciones poblacionales en ese sentido son clarísimas. Por el tipo de pirámide poblacional de los Estados Unidos, pirámide que tiende a cerrarse en la base, ese país tiene una necesidad creciente de importación de mano de obra. En primer lugar, la necesita para efectuar cierto tipo de trabajos que los ciudadanos estadounidenses no desean afrontar. Y en segundo lugar, para mantener la competitividad de ciertos productos. Los absurdos discursivos se presentan así de ambos lados de la frontera: los mexicanos rechazan el apoyo económico de la gestión Clinton porque consideran que afecta su soberanía, y los estadounidenses satanizan la entrada de trabajadores sin tomar en cuenta sus verdaderas necesidades de corto y, sobre todo, de largo plazo. ¿Cuáles serán las consecuencias de estas fobias en el futuro? No lo sabemos, pero nada bueno puede esperarse. En esto, los grupos de presión de ambos países han sido mucho más hábiles en sus miopes acciones que ambos gobiernos en contrarrestarlas. Lo grave es que algunos de esos usos coyunturales que explotan las emociones utilizando al concepto de soberanía, dañan, laceran una relación forzosamente creciente entre ambos países. Los gobiernos ceden ante estos grupos de presión permitiendo así la existencia de un territorio de nadie en la opinión pública. Ese continente de desinformación, enconos, odios y mentiras es un enemigo común.

No es viable imaginar un pacto social sin nacionalismo y ya hemos visto cómo, en esencia, todo nacionalismo parte de una cierta negación y rechazo al otro. Lo que sí es posible, es fomentar un nacionalismo lo menos excluyente, lo más abierto y omnicompreensivo, lo menos fóbico e ideológico para que así la convivencia forzada ya no sea conflictiva.

Cartas de presentación

El escenario internacional es tan cambiante, con tantas fórmulas nuevas, que incluso las cartas de presentación oficiales se encuentran en proceso de reimpresión. Los bloques tradicionales han desaparecido, pero ello no quiere decir que no estén surgiendo nuevas alianzas estratégicas de largo plazo. Hay así un nuevo mapa de la comunidad internacional. Veamos el caso de México.

El país que hace apenas un par de décadas pugnaba en todos los foros por una Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados, el mismo país que abanderara las causas de las naciones del llamado Tercer Mundo, hoy pertenece a la OECD. ¿Han cambiado las

variables socioeconómicas de tal manera que pueda considerarse a México hoy como perteneciente al grupo amplio de los países más ricos del orbe? Evidentemente que no. La etapa de crecimiento acelerado y sostenido precisamente terminó en 1970 y México, desde entonces, busca un nuevo modelo económico que le permita crear el millón y medio de plazas que requiere anualmente, y fórmulas para distribuir mejor la riqueza interna. Pero entonces, de qué país estamos hablando, ¿del impulsor del grupo de los 77 como alternativa de bloque que hoy pareciera dejar de tener sentido? ¿Del país que apoyara a los cuatro vientos el diálogo Norte Sur? Tampoco, porque, aunque la realidad económica sigue siendo más o menos la misma y los cortes socioeconómicos siguen siendo válidos para esos países, hoy la realidad es otra. Los flujos migratorios muestran que el agrupamiento analítico entre norte y sur es capaz de explicar mucho de lo que ocurre y ocurrirá en el próximo

siglo. ¿Pertenece México al Norte o al Sur? Si se toma el Tratado de Libre Comercio como referencia diríamos al Norte, formalmente por lo menos. Si se consideran sus índices socioeconómicos estaríamos cerca de las características del Sur, aunque en el rango alto. Incluso en lo que se refiere a crecimiento demográfico, México estaría en un escenario intermedio. Siguiendo los datos de la reunión de El Cairo de las Naciones Unidas, los países industrializados crecen a una tasa promedio del 1.2% y los no industrializados al 4.4%; México se encuentra alrededor del 1.8% y el porcentaje disminuye sistemáticamente. De nuevo, ni lo uno ni lo otro. Las cifras muestran que se trata de un país del llamado Tercer Mundo pero formalmente pertenece a la OECD. Esas mismas cifras lo llevarían a identificarse con los del Sur, pero formalmente y en su economía, actúa intensamente hacia el Norte con un Tratado muy prometedor que lo casaría, en definitiva, con la economía de Estados Unidos y Canadá. En los foros internacionales es conocida su posición independiente y de apoyo a algunas cuestiones muy candentes en los Estados Unidos, como Cuba, pero en los hechos juega con un nuevo bloque ampliado de los Estados Unidos y Occidente. México es América Latina, pero la mayoría del país está ya mirando al Norte conforme muestran las cifras. Según algunos cálculos para el año 2000, los hispanohablantes serán la primera minoría en el interior de los Estados Unidos, pero aún así las fobias contra los latinoamericanos y en particular contra los mexicanos parecieran no encontrar límite. El número total de hispanohablantes conformaría una nueva nación. La economía fronteriza de ambos lados, es un territorio indómito que sólo responde a sus propios intereses. De nuevo, ¿de quién estamos hablando?

Los propios Estados Unidos también se encuentran en un proceso de redefinición. Son, hasta hoy, la primera potencia del mundo pero el flanco comercial que Asia y Europa les ha abierto no es una cuestión menor. Por otro lado suena muy bien haber integrado con México el mercado más grande del mundo con 360 millones de consumidores, pero la nueva Asia ya se anuncia con 2,100. Son el Norte, pero más les vale mirar hacia el Sur pues el reacomodo de fuerzas es tan abrupto que de pronto podrían llevarse una sorpresa con la nueva Asia y la nueva Europa. De allí la convocatoria primero del Presidente Bush y ahora del Presidente Clinton, mucho más abierta por cierto, a ir a un mercado global de América, toda América, de la Patagonia a los hielos nórdicos. Los Estados Unidos son Norte pero paradójicamente, ni Europa, ni Asia les han resultado territorios de fácil conquista para sus productos. Los Estados Unidos conservarán su posición de fuerza en los asientos del Consejo de Seguridad, pero muy probablemente vayan a compartir la mesa con alguien más. ¿En cuál bloque van a jugar? ¿Acaso nos dará la historia la sorpresa de ver en el siglo XXI a América como un conglomerado de razas, etnias, naciones e idiomas que,

obligados por la globalización, conformen una feliz alternativa de conjunción de recursos naturales, financieros, humanos, culturales para poder contender, en una posición respetable con el resto del mundo? Puede ser. Y quizá para entonces existan nuevas ramas de estudio como el derecho económico global o el de la administración de empresas sin patria. Pero aún en ese escenario, es difícil imaginar que el concepto de soberanía y sus derivados, con sus riquezas y riesgos, haya desaparecido.

Documento preparado para el proyecto sobre México, del Center for Strategic and International Studies (CSIS) de la Johns Hopkins University, coordinado por la doctora Delal Baer. Se incluye en el texto *Nafta and sovereignty: trade Off for Canada, México and the United States*.

1 Un excelente estudio sobre la nueva Europa, sus orígenes remotos y sus inesperados destinos es el de: Morin, Edgar; *Pensar Europa*; Gedisa Editorial, Barcelona, España, 1988.

2 Samuel P. Huntington efectuó recientemente un ejercicio bastante arriesgado pero sugerente al plantear la posibilidad de leer al mundo del siglo XXI dividido en siete u ocho grandes civilizaciones. Huntington considera a Latinoamérica como una de ellas. La discusión está abierta.

Huntington, Samuel P., *"The Clash of Civilizations?: Foreign Affairs, Summer 1993*.

3 Un estudio muy sugerente sobre las características de los latinoamericanos dentro de una visión weberiana es:

Dealy, Glenn Caudill; *The Latinamericans: spirit and ethos*; Westview Press, Inc., Boulder, Colorado, 1992.

4 Un estudio estadístico de gran seriedad para comprender el por qué del comportamiento diferenciado de los mexicanos y sus motivaciones profundas es el de:

Alduncin Abitia, Enrique; *Los valores de los mexicanos*, 3 volúmenes, Fomento Cultural Banamex, A.C., México, D.F. vol .1-1989; vol. II-1991; vol.III-1993.

5 La cuestión del mestizaje en México como un proceso inacabado, deseado por muchos como gran solución y rechazado por otros que defienden un linaje ancestral, es una pista clave para entender la dramática división socioeconómica entre el México indio y el mestizo. Al respecto se sugiere:

Basave Benítez, Agustín; *México mestizo*; Fondo de Cultura Económica, S.A. de C.V., México, D.F., 1992

6 Un texto crítico y cuestionador del llamado nacionalismo mexicano es el de:

Waisman, Teresa; *Modernización en México: Nacionalismo o interés nacional*; Alta Cultura, S.A. de C.V., México, D.F., 1993.

Para una visión de tipo histórico:

Brading, David; *Los orígenes del nacionalismo mexicano*; Ediciones ERA, S.A., México, D.F. 1980.

7 Para un análisis de las muy diversas manifestaciones del nacionalismo a nivel internacional, basado en una tipología con ánimo ordenador, se sugiere:

Smith, Anthony D.; *Theories of Nationalism*; Holmes and Meier Publishers, Inc. New York, N.Y., 1983.

8 Loney, David; *United States-México Border; statistics since 1900*, U.C.L.A., 1990.

9 Para una visión general de la mutación de los valores profundos de las sociedades basado en la Encuesta Mundial de Valores de la Universidad de Michigan puede consultarse:

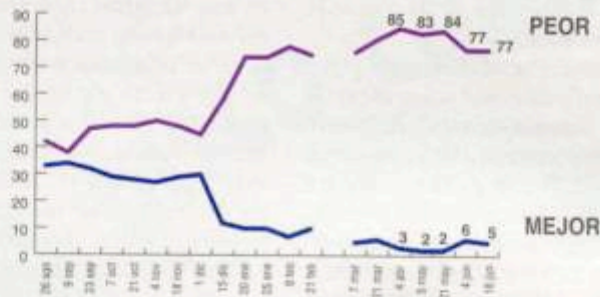
Inglehart, Ronald; *"La transformación de la relación entre desarrollo económico y cambio*

- cultural y político*"; **Este País**, mayo de 1994, México, D.F.
- 10 Inglehart, Ronald; *Culture Shift, in a Juanced Industrial Society*; Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1990.
- 11 **ENFOQUE**, suplemento político del diario *Reforma*; domingo 16 de abril de 1995.
- 12 Una útil revisión teórica e histórica del concepto de soberanía, es la de: Hinsley, F. H.; *Sovereignty*; Cambridge University Press, 1986.
- 13 **Este País**; abril de 1991, México, D.F.
- 14 Reyes Heróles, Federico (coordinador); *Los partidos políticos mexicanos, en 1991*; Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- Reyes Heróles, Federico (coordinador); *50 preguntas los candidatos*; Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- 15 **Este País**, abril de 1991, México, D. F.
- 16 La lucha contra los absolutos ha tenido espléndidos expositores sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, son inevitables:
Popper, Karl; *The Open Society and its Enemies*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey,
Berlin, Isaiah; *The Hedgehog and the Fox*; Weidenfeld and Nicholson, Ltd. 1953.
Against the Current; Perguin Books, New York,
- 17 Dewitt, D., Haglund, D., Kirton, J.; *Building a New Global Order*; Oxford University Press, 1993.
- Garten, Jeffrey E.; *A Cold Peace*, A Twentieth Century Fund Book, New York, 1992.
- 18 Un texto reciente en esta línea de pensamiento es:
Our Global Neighbourhood, The Report of The Comission on Global Governance, Oxford, University Press, 1995.
- 19 Kalakowski, Leszek; *La modernidad siempre a prueba*, Editorial Vuelta, S.A. de C.V., México, D.F. 1990.
- 20 Un debate sobre la soberanía, sumamente interesante por haberse efectuado entre actores de la política es el publicado en *Este País*, abril, 1992 México, D.F. En particular destacan las intervenciones de Miguel de la Madrid, expresidente de México, Jorge Castañeda, excanciller, Hugo B. Margáin, exembajador, así como las de Víctor Urquidi, Josué Sáenz, Antonio Martínez Báez, Adrián Lajous y César Sepúlveda, entre otros.
- 21 Castro Rea, Julián; "Soberanía y libre comercio"; **Este País**, mayo de 1995.
- 22 Demko, George J. and Wood, William B.; *Reordering the World*; Westvieu Press, Inc., Bourder Colorado, 1994.

Documento preparado para el proyecto sobre México, del Center for Strategic and International Studies (CSIS) de la Johns Hopkins University, coordinado por la doctora Delal Baer. Se incluye en el texto *Nafta and sovereignty: trade off for Canada, México and the United States*.

AJUSTE ECONOMICO

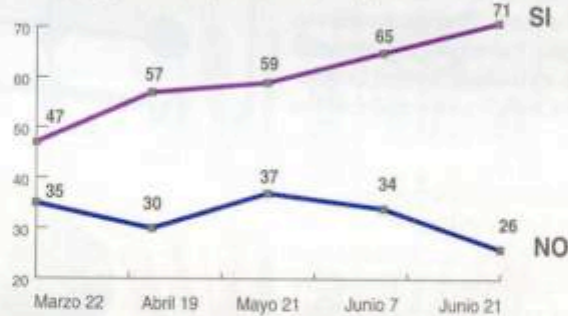
Situación personal (respecto al año pasado)



La discontinuidad de las líneas entre febrero y marzo se debe a que antes de esa fecha la encuesta era telefónica nacional y después se hizo personal en el D.F.

Pregunta textual: ¿Cómo califica ud. su situación económica personal en relación con el año pasado?

¿Temor a perder el empleo?



Pregunta textual: ¿Ud. o alguna de las personas que viven en su casa tiene miedo a perder el empleo en los próximos 6 meses? (SOLO DE LOS QUE VIVEN EN SU CASA)

Vitrina Metodológica

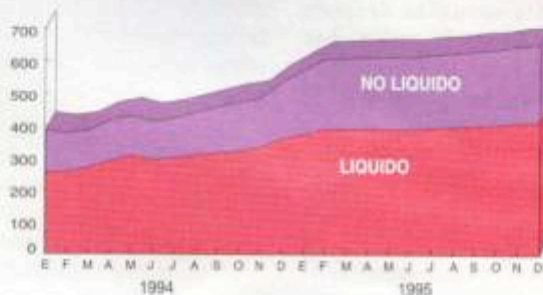
Fecha de levantamiento: 16-18 de junio de 1995
 Patrocinador: Este País
 Responsable de la investigación: MORI de México
 Tipo de entrevista: personal/domicilio
 Población entrevistada: D.F.
 Tamaño de la muestra: 348 entrevistas
 Método de muestreo: aleatorio por conglomerados
 Margen de error: ± 5.2
 Confiabilidad estadística: 95%

MORI
DE MEXICO

Ahorro financiero

Banca comercial

(miles de millones de nuevos pesos)



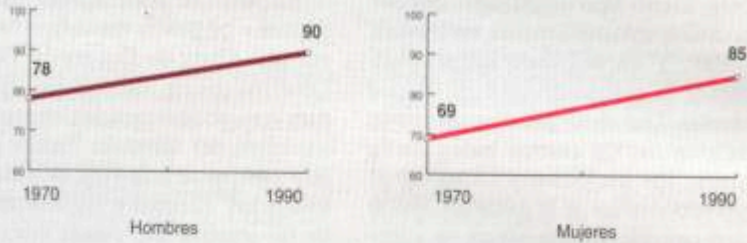
capem/oxford economic forecasting

Desarrollo social

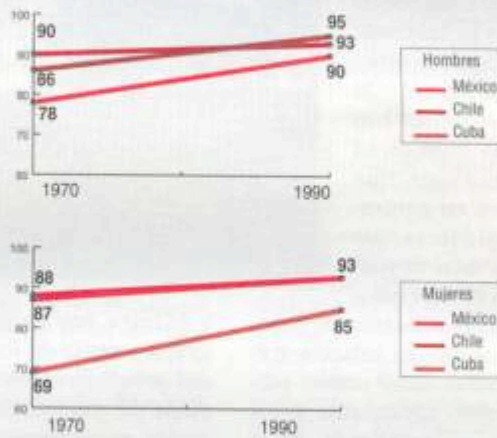
DESARROLLO SOCIAL

EDUCACION

Tasa de alfabetización en México
(según sexo)



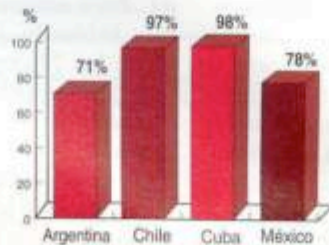
Tasa de alfabetización
México, Chile, Cuba
(según sexo)



SALUD

América Latina

(Población con acceso a los servicios de salud 1985-1992)



Fuente: Elaborado en base a los datos de las tablas estadísticas de las Naciones Unidas, aparecidos en UNICEF, Estado Mundial de la Infancia 1994.

Datos proporcionados por el Centro
de Información de Naciones Unidas en México

